

RESEÑA

Título: PACO EL DE LA COLUMNA. Cartas a Amalia

Autor: Paco Oliver

Edita: Sevilla, Alfar, 2020

Según el Diccionario de la lengua española, la *historia* es la “narración y exposición de los acontecimientos pasados y dignos de memoria, sean públicos o privados”. Esa definición de nuestro diccionario oficial de la lengua española merece algunos comentarios y debates que nos servirán, como es lógico en este contexto, para reseñar, con todo el respeto y admiración posibles, el libro de Paco Oliver.

Nos da la sensación de que el Diccionario sigue demasiado de cerca, con algún matiz importante, que luego comentaremos, lo ya indicado por Heródoto en el “Proemio” de su obra *Historia*, dedicada a describir y analizar las llamadas “Guerras médicas”, los enfrentamientos entre griegos y persas por el control del Mediterráneo en el s. V a.C.:

“La publicación que Heródoto de Halicarnaso va a presentar de su historia, se dirige principalmente a *que no llegue a desvanecerse con el tiempo la memoria* de los hechos públicos de los hombres, ni menos a oscurecer las grandes y maravillosas hazañas (...)”.

El destacado en cursiva de la cita es nuestro porque, salvando las distancias, el trabajo de Paco Oliver, en gran medida, tiene el mismo objetivo, e importancia, del asignado a su propia obra por el considerado como padre de la Historiografía occidental. Porque, en efecto, el sentido original, al menos en Heródoto, de la palabra griega “historia” (sin más disquisiciones etimológicas) era el de “investigación”, el de “indagación”, el de “hacer

preguntas” de cara al conocimiento, a un tipo de saber que, ya en aquel tiempo, quería tener como base la razón y la palabra (“logos”), y ello a pesar de que el contexto bélico en el que se desarrollan tanto ese texto griego pionero como el “relato” sobre Paco el de La Columna, sean muestra de la parte más irracional y violenta de la naturaleza humana.

Y eso es precisamente lo que ha hecho durante años nuestro autor, Paco Oliver: investigar, indagar, preguntar (como familiar, como historiador, como periodista, como novelista) para sacar, por fin, a la luz, no sin obstáculos, la “memoria” perdida de un hombre, de una familia, de un trágico contexto histórico español, en el marco concreto de la localidad extremeña de Jerez de los Caballeros.

Pero Heródoto, en su declaración de intenciones, está poniendo las bases sin saberlo de lo que será un determinado criterio historiográfico, un principio teórico, que establece lo que debe ser contado por ser “digno de memoria”, un criterio que, por desgracia, se impondrá en la Historia occidental hasta bien entrado el s. XX. Por eso habla de “grandes y maravillosas hazañas”, es decir, la historia debe ocuparse de los grandes acontecimientos, de los héroes, de los personajes ilustres, precisamente lo que todos hemos leído habitualmente en los libros de Historia hasta cierto momento, relativamente reciente.

De ahí que el Diccionario, siguiendo en parte, pero completando a la vez esa visión tradicional y elitista de la Historia, nos indicaba que también son dignos de memoria acontecimientos pasados en el ámbito de lo “privado”. Y aquí se nos viene a la mente el concepto unamuniano de “intrahistoria”. Don Miguel de Unamuno (*En torno al casticismo*), como también hace Paco Oliver en su texto, pone en cuestión la “imagen”, el relato, más o menos “oficial”, de los hechos del presente y del pasado:

“Todo lo que cuentan a diario los periódicos, la historia toda del *presente momento histórico* no es sino la superficie del mar, una superficie que se hiela y cristaliza en los libros y registros... Los periódicos nada dicen de la vida silenciosa de millones de hombres sin historia que a todas horas del día y en todos los países del globo se levantan a una orden del sol y van a sus campos a proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna... Esa vida intrahistórica, silenciosa y continua... es la sustancia del progreso, la verdadera tradición... no la tradición mentida que se suele ir a buscar en el pasado enterrado en libros y papeles y monumentos y piedras”.

Y es que la historia de Paco el de La Columna es parte de esa corriente silenciosa de la historia que representa, a la vez, la vida y sucesos de tantos hombres, mujeres y niños que quedaron sepultados por un silencio impuesto por el miedo. Algunos de esos nombres silenciados a la fuerza también forman parte de este texto tan difícil de definir y encasillar.

En efecto, Paco Oliver y su trabajo de “investigación” sobre su abuelo, quizá sin ser consciente de ello, ha dado en la clave de la famosa “crisis” por la que atraviesa la Historia como disciplina “científica” desde mediados del s. XX. Al mezclar en su texto, muy hábilmente, la historia “objetiva” (con datos, documentos, testimonios) con la crónica periodística, más creativa y biográfica, y añadir, sin remedio, el relato novelesco sobre los últimos momentos de vida conocidos de su familiar (cuya ficción a veces se impone

como real o muy posible), el autor de este libro, publicado por la editorial sevillana Alfar, nos está dando una lección de historiografía contemporánea.

A Heródoto se le criticó por su uso frecuente de fuentes orales, poco fiables, según los guardianes de la heterodoxia científica, pero, nos preguntamos, ¿por qué hay que prejuiciar de antemano que una fuente oral es menos fiable que una fuente escrita? ¿O es que no sabemos ya que es más fácil “manipular” la información a través de lo escrito, que además puede convertirse en “verdad oficial” permanente? Y en todo caso, ¿dónde está la Verdad? Que le pregunten, por ejemplo, a Dolores Gómez, la autora de ese aterrador anexo del libro en el que, consciente de su parcialidad (por mor de recuerdos infantiles y otros testimonios), narra la violencia ejercida sobre su familia por los partidarios del bando sublevado contra la República en aquellos días terribles de 1936.

Paco Oliver ha construido un mosaico de “realidades”, de “verdades”, de retazos y fragmentos de vida familiar, seguro que parciales y relativas (como le ocurre, sin poder evitarlo, a cualquier historiador o periodista) pero que, al fin y al cabo, están repletas de la verdad humana del sentimiento de pérdida, de olvido, de injusticia, del recuerdo y de la memoria tan necesarias para completar la identidad personal y familiar a la que le faltaba un eslabón importante, un eslabón representado hasta ese momento por tan solo los finos hilos de unas cartas, de unas cuantas palabras escritas con apresuramiento a la esposa, Amalia, antes de la huida y la desaparición definitiva de Paco el de La Columna.

Por desgracia, el exhaustivo trabajo indagatorio del autor no ha conseguido eliminar la incertidumbre, ni siquiera con el triste consuelo de un asesinato certificado. Y, sin embargo, el solo hecho de haberse formulado las preguntas y construido un “relato”, más o menos ordenado y lógico, de los acontecimientos, nos dan la sensación no tanto del éxito (que también por la acertada publicación), como sí del deber cumplido.

No queremos ni podemos entrar ahora en debates conceptuales, a veces poco edificantes, sobre las diferencias o afinidades entre “Historia” y “Memoria” (desde los planteamientos de P. Nora), pero, en nuestra humilde opinión, el libro de Paco Oliver es ya, por méritos propios, tanto una página de la Historia (*intrahistoria*, historia social, historia de vida) como una aportación trascendente a la Memoria como instrumento imprescindible de lucha contra el olvido.

Al fin y cabo, como nos decía el diccionario, la historia no es ni más ni menos que una “narración y exposición de los acontecimientos pasados y dignos de memoria”. Y, sin duda, la historia de Paco el de La Columna y de su familia era digna de memoria y de recuerdo permanente y, ojalá también, el libro de Paco Oliver suponga, de forma definitiva, una llamada pública a una Memoria colectiva conocedora y reconciliada con su propio pasado.

Prof. Dr. Ángel Acosta Romero

Facultad de Comunicación
Universidad de Sevilla